

manera, el de Numidia ofreció óvalos de que carecía, y el de Synnada algunas vetas de color de púrpura.

Taenare, sive tuis, sive, Caryste, tuis.—El marmol de Tenaro, se producía en el promontorio de este nombre, en la Laconia. El color de este marmol era negro, pues Plinio, H. N., XXXVI, XXIX, dijo: «Sunt et nigri, quorum auctoritas venit in marmora, sicut Taenarius.» Por eso este marmol es todavía llamado hoy en Italia, «nero antico.»

El marmol de Caristo se obtenía en Caristo, población situada en la isla de Euboea. Este marmol era blanco y verde, y el color blanco se veía en círculos concéntricos como los que presenta una cebolla cortada. Debido á esta circunstancia, hoy se le llama «Cippolino.»

Cuenta Plinio, que el primero que en Roma puso en una casa particular columnas de marmol, fué L. Craso en la construcción que llevó á cabo en el Monte Palatino, y que por ese motivo se le dió el nombre de «Venus Palatina,» y que el que primero revistió su casa de marmol, y empleó columnas macizas de marmol de Caristo, fué, según lo aseguró Cornelio Nepote, el Caballero romano Mamurra, prefecto de los obreros de César en las Galias, y el mismo á quien Catulo censuró en sus versos.

Marcial, al igual de Ligdamo, enumeró todos estos distintos mármoles, y además el de Numidia, en el Epigrama LXXXVI del Libro IX:

Idem beatus lautus extruit thermas
De marmore omni, quod Carystos invenit,
Quod Phrygia Synnas, Afra quod Nomias mittit
Et quod virenti fonte lavit Eurotas.

El nemora in domibus sacros imitantia lucos?—
Los romanos ricos tenían detrás de sus casas jardines y parques, lo mismo que alrededor del *impluvium*. Dichos parques, estaban cerrados y rodeados de peristilos, donde podían pasearse al abrigo del sol y de la lluvia.

Plinio, H. N., XIX, XIX, dijo: que este lujo fué Epicuro quien lo introdujo en Atenas, porque á nadie antes que á él, se le había ocurrido habitar el campo en la ciudad.

Horacio ya le decía á Fusco Aristio en la Epístola X del Libro I.

Nempe inter varias nutritur silva columnas,
Laudaturque domus, longos quae prospicit agros.

Séneca el retórico, dijo también en sus Controversias, V:

Intra aedificia vestra undas et nemora comprehenditis.

La palabra «lucos,» indica que en esos parques podían ofrecerse é inmolarsé víctimas á los dioses, porque, como dijo Servio en el comentario á la Eneida, Libro I, verso 314:

«Lucus» est arborum multitudo cum religione.»

Horacio, en la Oda IV del Libro I á Sextio, dijo:

Nunc et in umbrosis Fauno decet immolare lucis;

y Ovidio, en los Fastos, Libro III, versos 295 y 296:

Lucus Aventino suberat niger ilicis umbra,
Quo possis viso dicere, Numen inest.

Aurataeque trabes, marmoreumque solum?—Vulpio, comentando este verso, decía: «In aedium lacunaribus auro tegendis mira fuit veterum luxuria.»

Este pasaje de Ligdamo, recuerda los versos de Propercio en la Elegía II del Libro III.

Quod non Taenariis domus est mihi fulta columis,
Nec camera auratas inter eburnea trabes.

Nec Lidius aurifer amnis.—Ligdamo se refiere al Pactolo, río de la Lidia, que nace en el monte Tmolus, y que fué célebre en la antigüedad, por sus arenas de oro.

Virgilio, en la Eneida Libro X, versos 141 y 142, dijo:

ubi pinguis culta
Exercentque viri Pactolusque inrigat auro.

Horacio, en el Epodo XV, verso 20:

Tibique Pactolus fluat.

y Propercio, en la Elegía VI del Libro I:

seu mollis qua tendit Ionia, seu qua
Lydia Pactoli tinguit arata liquor.

Tristesque sorores stamina quae ducunt.—El poeta se refiere á las Parcas, á quienes, dada la tarea que les estaba encomendada, las representaban siempre como diosas severas, tristes é inexorables.

Marcial, en el Epigrama 73 del Libro IV, dijo:

Ultima volventes orabat pensa sorores.

LIBRO III.—ELEGÍA IV

Nec sint mihi somnia vera quae tulit hesternae pessima nocte quies.—Los antiguos, tanto los griegos como los romanos, creían que los ensueños, después de media noche, hasta el amanecer, eran siempre verdaderos, y así lo han dicho en sus obras los poetas.

Mosco, en el Idilio II, intitulado Europa, dice que Venus le envió á Europa un sueño gratisimo, en la tercia parte de la noche, á la hora en que el alba se

aproxima, y cuando se nos aparecen los sueños verídicos.

Horacio, en la Sátira X del Libro I, verso 33, dijo también:

Post mediam noctem visus cum somnia vera:

y Ovidio, en la Heroida XIX, versos 195 y 196:

Namque sub Aurora, iam dormitante lucerna
Somnia quo cerni tempore vera solent.

Vera monent Tuscis ex ta probata viris.—El poeta se refiere principalmente á los Etruscos, porque tenían fama en la antigüedad de ser muy hábiles intérpretes de los presagios, ciencia á la cual se consagraban para hacer de ella estudios profundísimos.

Cuenta Cicerón en su Tratado De Divinatione, Libro I, XLI, que en la época más floreciente de la República, el Senado había decretado, que seis hijos de las familias más prominentes de Roma, debían ser enviados á los diversos pueblos de la Etruria, á fin de que estudiaran el arte de la adivinación, para que cultivado por ellos, no perdiese su carácter sagrado, y no se convirtiese en profesión mercenaria. Agrega, además, que los Etruscos se consagraron al conocimiento de las entrañas de las numerosas víctimas que inmolaban, y á la interpretación de los prodigios, porque debido tal vez á las condiciones de la atmósfera de la Etruria, eran frecuentes los fenómenos ce-

lestes, las apariciones raras, y las concepciones deformes, ya entre los hombres, ya entre los animales.

Et tamen, utcumque est, sive ille vera moneri.—

Al traducir este pasaje, he seguido la opinión dada por Mr. Martinón, en el siguiente pasaje de su Comentario. «*Monenti Itali, moneri M. SS.*» Los editores modernos han adoptado la lección de los M. SS., cuyo sentido es, á decir verdad, perfectamente claro: sea que los hombres se empeñen en saber la verdad (por ejemplo, consultando á los dioses), sea que prefieran atenerse á los sueños mentirosos.

Desgraciadamente no hay ninguna relación entre esta idea y la que sigue; y más bien hay casi contradicción, pues el poeta, después de haber repetido que los sueños son falsos, no puede pedir á Lucina que aparte los malos efectos del suyo. Esta interpretación es, pues, inaceptable. Ahora bien, es evidente que *sive illi*. . . y el verso siguiente, desarrollan y explican *utcumque est*. Dejemos á un lado el desarrollo, y para saber cuál debe ser el sentido de *utcumque est*, tomemos en consideración las ideas que siguen. El poeta ha tenido, dice, un sueño espantoso; para no aterrorizarse, ensaya, siempre por medio de una ficción, de persuadirse á sí mismo, de que los sueños son falsos; pero apenas lo ha afirmado, cuando hace constar que, sin embargo (*at* más bien que *et!*), los hombres creen en ellos, puesto que tienen ceremonias especiales para alejar sus malos efectos. ¿Qué

debe uno pensar? El poeta no ha podido convencerse á sí mismo, sin lo cual, la Elegía entera debería suprimirse; siempre abriga algún temor; ve, pues, la doble hipótesis: *utcumque est*, que sean verdaderos ó falsos, y como es posible que sean verdaderos, le pide á Lucina que haga inútil el terror que inspiran. En consecuencia, la expresión que desarrolla *utcumque est*, no puede tener más sentido que éste: «que los sueños sean ciertos ó falsos,» sentido imposible con *moneri*, pero aceptable con *monenti*. Para esto no es necesario, como lo hace Heyne, referir *monenti* al arúspice: además de que *viris* está en plural, el sentido sería el mismo que con *moneri*, y la corrección perfectamente inútil. Es necesario referir *vera monenti* á *somno*, que tiene así dos epítetos, á los cuales se aplican expresamente las conjunciones *sive... sive...* sea que los hombres (*illi*) quieran creer que los sueños son verdaderos, sea que quieran creer que los sueños son falsos; es decir, sea que los sueños, en los cuales creen los hombres digan la verdad, sea que mientan. Es cierto que con este sentido la sintáxis no es perfectamente natural, pero á lo menos la lógica queda satisfecha.

Efficiat vanos noctis Lucina timores.—Bernardino Cileno, explicando este pasaje, dijo que Lucina estaba aquí en vez de la Luna ó de Diana; pero esta opinión no la comparte Brouckhusio, quien cree que el poeta se refiere á Juno, porque no se trata de la Lu-

cina á quien invocan las parturientas, sino de aquella que es autora de la luz. Nadie puede poner en duda, que Juno era llamada también Lucina. Pompeyo Festo dijo: «*Supercilia in Iunonis tutela putabant (in qua dicuntur mulieres etiam), quod iis protegantur oculi, per quos luce fruimur; quam tribuat Iuno. Unde ipsa dea Lucina quoque dicta videtur,*» opinión sostenida por Varrón en su Tratado de la Lengua Latina, cuando dijo: «*ficta a iuvando et luce Iuno Lucina,*» y agregó: «*hic enim debuit maxime collocari Iuno Lucina, ubi a diis lux datur oculis;*» pero olvidó Brouckhusio, que precisamente la Lucina á quien invocan las parturientas es Juno Lucina, como puede verse en el canto á Diana de Catulo, donde el poeta dijo:

Tu Lucina dolentibus,
Iuno dicta puerperis.

Nosotros compartimos la opinión de Mr. James Craustoun, según la cual el poeta, al hablar de Lucina, se ha referido á Hécate, que era la diosa que producía y disipaba los ensueños y los espectros, y que no era sino una de las manifestaciones de Diana, la «*diva triformis,*» de quien habló Horacio, Libro III, Oda XXII, porque era Luna en el cielo, Diana en la tierra, y Hécate en los infiernos, y á la cual se refirió Virgilio, cuando en el Libro IV, 511 de la Eneida, dijo:

«*Tergeminamque Hecaten, tria virginis ora Dianae.*»

Candor erat, qualem praefert Latonia Luna.—Brouckhusio recuerda, con motivo de este pasaje, el Cantar de los Cantares. «*Quae est ista quae progreditur quasi aurora consurgens, pulcra ut luna, electa ut sol.*»

Los comentadores todos, citan la Oda V del Libro II de Horacio.

Albo sic humero nitens,
Ut pura nocturno renidet
Luna mari.

Artis opus rarae fulgens testudine et auro.—La lira de Apolo era de nácar é incrustada de oro.

En la Elegía II del Libro IV, se lee:

Et testudinea Phoebæ superbe lyra.

Es preciso no olvidar que Mercurio, según el himno Homérico á Hermes, hizo la primera lira con la concha de una tortuga.

Nec flammam volvens ore Chimaera fero.—La Quimera era el monstruo terrible de la Licia, que vomitaba fuego, y que fué vencido por Belerofonte.

Barbara nec Scythiae tellus.—Bajo el nombre de Escitia era conocido todo el vasto territorio de Europa y Asia, que se extiende al Norte y al Este del mar Negro y del mar Caspio.

Horrendave Syrtis.—Las Sirtes eran dos bancos de arena por extremo peligrosos, que estaban situados al Norte del África, el primero, cerca de Cyrenai-ca, y el segundo, de Byzacium. Véase Plinio, H. N., Libro V, Capítulo IV.

LIBRO III.—ELEGÍA V.

Vos tenet, Etruscis manat quae fontibus unda.—La Etruria fué célebre en la antigüedad á causa de sus aguas termales, entre las cuales, las más famosas eran las *Aquae Caeretanae*, las *Aquae Pisanae* y las *Aquae Tauri*. Estrabón, en el Libro V de su Geografía, dice: que aquella región abundaba en baños de aguas termales y minerales, y que en vista de su proximidad de Roma, no eran menos frecuentadas que las de Bayas, las más renombradas de todas.

Nunc autem sacris Baiarum proxima lymphis.—En casi todos los M. SS. se lee *maxima* en lugar de *proxima*. Ninguna explicación satisfactoria se ha podido dar de *maxima*. Escalígero supone que *Baiæ*

se ha empleado en lugar de aguas termales en general, como la palabra «*Spa*,» y entonces sería «la más grande entre las aguas termales, á causa de sus sagradas aguas,» pero ninguna prueba adujo para justificar tal interpretación. Otros creen que «*maxima*» tiene el sentido de «*maior*,» y que significa superior. En cambio, «*proxima*» se ha usado para expresar una comparación respecto al mérito de una cosa. Ovidio, en las Metamorfosis, Libro XII, 398, empleó «*proxima*» en el mismo sentido, y dijo:

Pectoraque artificem laudatis proxima signis.

Las aguas de Bayas gozaron de un gran favor entre los romanos, y en épocas determinadas, Bayas fué el centro más importante para el placer y para la prostitución.

Horacio, en la Epístola I del Libro I, hablando del Golfo de Bayas, dice: «Nullus in orbe sinus Baiis praelucet amoenis.»

Propercio, en la Elegía II del Libro I, le suplica á Cintia que se aleje de Bayas, para que no llegue á corromperla su influencia desmoralizadora, y le dice:

Tu modo quam primum corruptas desere Baias
Multis ista dabant littora discidium,
Littora quae fuerant castis inimica puellis.
Ah pereant Baiæ crimen amores aquae!

Queriendo expresar Varrón hasta qué grado ha-

bía llegado la prostitución en Bayas, decía: «allí las jóvenes se entregaban á todo el mundo, las viejas se convertían en jóvenes, y muchos hombres en mujeres.»

Cum se purpureo vere remillit humus.—Yo traduje:

Cuando al campo
La hermosa primavera á alegrar vuelve;

porque en efecto, Ligdamo quiso expresar la misma idea que Ovidio expresó en los Fastos, Libro IV, 126:

Vere nitent terrae vere remissus ager.

Virgilio, en la Égloga IX, 40 y 41, dijo:

Hic ver purpureum, varios hic flumina circum
Fundit humus flores.

At mihi Persephone nigram denuntiat horam.—Proserpina era la hija de Júpiter y de Ceres, y esposa de Plutón, y la encargada de anunciar la hora fatal de la muerte.

Ovidio, en la Heroida Cidipo, versos 46 y 47, dijo:

Et mihi coniugii tempus crudelis ad ipsam
Persephone nostras pulsat acerba fores.

Ligdamo dijo: «nigra hora,» como Propercio en la Elegía XIX del Libro II, dijo: «Niger ille dies.»

Audax laudandae sacra docere deae.—Ya en el comentario á la Elegía VI del Libro I de Tibulo, hemos hablado de la Buena Diosa, y del culto que se le rendía, al cual no eran nunca admitidos los hombres.

Quid fraudare iuvat vitem crescentibus uvis.—Este pasaje ha sido más que imitado, plagiado por Ovidio en la Elegía XIV del Libro II de los Amores. Ovidio dijo:

Quid plenam fraudas vitem crescentibus uvis
Pomaque crudeli vellis acerba manu?

Duraque sortiti tertia regna dei.—Cuando Júpiter, Neptuno y Plutón, á la muerte de su padre Saturno se dividieron sus reinos, á Júpiter le tocó el reino del cielo; á Neptuno, el del mar, y á Plutón el subterráneo, y por esta razón se le llamó tercer reino.

Elysios olim liceat cognoscere campos.—Los Campos Eliseos, aunque estaban situados en los infiernos, eran la residencia de las almas de los héroes y de los hombres justos y virtuosos. Es muy conocido lo que Virgilio dijo en las Geórgicas, Libro I:

nam te nec sperant Tartara regnem
Nec tibi regnandi veniat tam dira cupido;
Quamvis Elysios miretur Graecia campos,
Nec repetita sequi curet Proserpina matrem.

Los poetas, según Virgilio en la Eneida VI, eran

dignos de ir á los Campos Eliseos, y por eso Dionisio Marso dijo de Tibulo:

Te quoque Vergilio comitem non aequa, Tibulle,
Mors iuvenem campos misit ad Elysios;

y el mismo Tibulo dijo en la Elegía III:

Sed me, quod facilis tenero sum semper Amori,
Ipsa Venus campos ducet in Elysios.

Lethaeamque ralem Cimmeriosque lacus.—El río del Leteo, era el que las almas tenían que cruzar para llegar á los Campos Eliseos. Sus aguas producían el olvido completo de todos los males de la vida. Por eso dijo Horacio, Epodo XIV.

Mollis inertia cur tantam diffuderit imis
Oblivionem sensibus
Pocula Lethaeos ut si ducentia somnos
Arente fauce traxerim.

Los lagos del Infierno fueron llamados Cimerios, á causa de la obscuridad que allí reinaba. Los Cimerianos, según Homero, Odisea, Canto XIV, vivían en el Occidente, á orillas del Océano, y cerca de la entrada del Hades. Según Herotodo, los Cimerianos poseían las tierras situadas alrededor del Polus Maeotis, é hicieron una irrupción en el Asia, cuando fueron arrojados de dichas tierras por los Escitas.

Et referam pueris tempora prisca senes.—Esta es una imitación de un pasaje de la Elegía X del Libro I de Tibulo, donde dicho poeta dijo:

... liceatque caput candescere canis
Temporis et prisca facta referre senem.

Nigras pecudis promittiten diti.—Ya hemos dicho en el comentario á las Elegías de Tibulo, que debían ser negras las víctimas ofrecidas á los dioses infernales, y sólo nos faltó agregar, que las ofrendas debían consistir en miel, vino y leche. *Dis*, era uno de los nombres de Plutón, el rey de las regiones infernales.

LIBRO III.—ELEGÍA VI.

Candide Liber, ades.—*Liber* es uno de los nombres de Baco.

Á este dios se le representaba como un joven tierno y hermoso. El uso del epíteto *candidus* está autorizado por casi todos los poetas con la significación de

hermoso; pero principalmente por Virgilio y por Horacio.

Virgilio, en la Eneida V, 571, dijo:

Candida Dido,

en la Eneida VIII, 138:

quem candida Maia
Cyllenae gelido conceptum vertice fudit,

y en la Égloga V, 56:

Candidus insuetum miratur limen Olympi
Sub pedibusque videt nubes, et sidera Daphnis.

Horacio aplicó dicho epíteto al mismo Baco, en la Oda XVIII del Libro I:

Non ego te, candide Bassareu,
Invitum quatiam,

y al poeta Tibulo, cuando, hablando de él, en la Epístola IV del Libro I, dijo:

Albi, nostrorum sermonum, candide iudex.

Por último, Horacio, en el Epodo III, llamó á Jasón: «Candidum ducenti.»

Sic hedera tempora vincla geras.—Ovidio se pregunta en el Libro III de los Fastos, 767: